

# errores

José Palacios



Ediciones Perdidas

# errores

José Palacios



Ediciones Perdidas

---

# Errores

José Palacios, 2014  
Foto de portada: José Palacios

Ediciones Perdidas  
Asociación Cultural Libros de Arena  
Camino de los Espejos 51  
04131 Retamar - Almería  
[www.librosdearena.com](http://www.librosdearena.com)

Esta obra est· bajo una Licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 España



*Nulla di ciò che ho fatto è importante in assoluto, questo è ovvio, però mi appartiene totalmente e mi identifica. Così dunque io "sono" il mio modo stesso di vivere, e credo che ciò comprenda il mio pensiero, le mie azioni, le mie parole. Questi per me sono elementi inseparabili e imprescindibili a determinare la reale fisionomia di un individuo e il grado espressivo del suo linguaggio.*

*Le montagne non sono che il riflesso del nostro spirito. Ogni montagna è piccola o grande, generosa o avara, in misura di quanto noi sappiamo darle e chiederle.*

Walter Bonatti. *Le mie montagne.*

El cambio en la ruta no suponía nada que fuese demasiado difícil, en principio, pero sí le quitaría un poco de monotonía a la jornada. Se trataba de desviarse hacia el sur, seguir un cortafuegos por la ladera de la montaña hasta la base de la cima, luego rodear la falda, justo en la línea donde terminaban los árboles, hasta enfilear el corredor que subía directamente casi hasta la cima. Al final sólo quedaba una pequeña cresta, ya sin rocas. Se veía nieve arriba, en la parte alta del corredor, no mucha, pero la suficiente para impedirle llegar sin crampones. Quizá no estuviese muy dura, o el sol la blandease al avanzar el día, pero lo más probable era que estuviese helada.

Más entrado el invierno, el corredor debía de ser un cómodo camino de nieve hasta la cumbre. Empinado, sí, pero no muy largo. Ahora, cuando sólo habían caído las

primeras nevadas, el agua aún bajaba dando saltos entre las rocas, como las cabras que habían huido al oler su presencia.

La base del corredor era pura rocalla. Una de las paredes se elevaba vertical, la otra, menos escarpada, era piedra suelta, tierra, escoria. Los últimos árboles los había dejado unos cientos de metros atrás y ya no quedaba ningún matojo, ni espinos, ni siquiera musgo. Todo era roca suelta. Tenía que calcular cada paso y, aún así, le costaba ganar metros, las rocas se tambaleaban o se desmoronaban, haciéndole perder pie y deslizarse hacía abajo. Cada dos pasos, retrocedía uno. Los bastones le ayudaban pero no eran apoyo suficiente. Tendría que cambiarlos por el piolet.

Despacio, subió aún otros cien metros. Se caminaba mejor cerca del agua, las piedras eran más grandes, había menos tierra, que había arrastrado el agua. Su perro, más ligero, trotaba por la ladera arriba, aunque también le fallaba el agarre en esa tierra suelta. Esperaba que pudiese caminar bien en el hielo, no tenía crampones para él. Pero su perro siempre sabía apañárselas, era un buen montañero.

Se paró un momento para tomar aliento. Miró hacia arriba. No estaba tan lejos, quizá en menos de una hora podría llegar a la cima, aunque la subida se hacía más pronunciada, o eso le parecía, en la última parte del corredor. El descenso lo haría fácilmente por la ladera oeste, hasta volver a su ruta inicial. Vio alguna pequeña mancha de nieve, unos metros más arriba. Siguió subiendo, ahora las rocas grandes le facilitarían la trepada, aunque tuviese que usar las manos.

Se vio boca arriba, el culo en el agua helada, las manos intentando agarrar las resbaladizas rocas mojadas, arrastrando los bastones, enganchados a sus muñecas por las correas. Bajó unos metros hasta que unas rocas lo frenaron. No sintió dolor, sólo estupefacción. ¿Qué había ocurrido? Durante unos segundos no pudo pensar. Intentó recuperar el control de su cuerpo, que sus músculos obedecieran las confusas órdenes que su cerebro intentaba dar. Tenía que salir del agua, para poder pensar, pero no se podía mover. Entonces, de todo su cuerpo, sintió sólo la rodilla. Y de repente lo invadió el dolor. Una punzada aguda y larga, que le hizo estremecerse y gritar, cortándole la respiración, se impuso sobre la anestesia del agua he-

lada y del shock. Supo que se había roto algo, que ese dolor no acabaría enseguida, que era grave.

Arrastrándose, centímetro a centímetro, consiguió salir del agua y apoyarse sobre tierra y piedras secas. Casi no sentía las muñecas y los codos, que habían ido chocando contra las rocas en la caída. Tenía que hacer recuento. En la cabeza, todo bien. Un hombro le dolía tanto como las manos, nada que no pasara en unas horas, supuso, pero algo se había roto en su rodilla, la maldita rodilla operada el año anterior. Había quedado perfecta, según el médico, podía volver a su vida normal, aunque probablemente no contara con que se diese esos golpes contra las rocas. Menudo sitio había elegido para volver a cargársela. Ahora sí que tenía un problema, un gran problema.

Miró hacía el lugar de la caída. Nada extraño, sólo piedras mojadas. Golpeó una con la punta del bastón. La capa invisible de hielo que la cubría se resquebrajó. Claro, qué imbécil. Había esperado la nieve, la nieve helada, el hielo blanco, el hielo azul, las texturas y colores del hielo pero, al ver correr el agua pendiente abajo, no había tenido en cuenta que la piedra mojada junto al torrente se podía haber helado. Y que no lo vería. No había botas que

agarraran en ese hielo. Y no se había puesto los crampones aún. Para qué, en la rocalla. Lo que hubiera podido ser un simple resbalón se convirtió en una caída de pocos metros, suficiente para romperle su poco fiable, ahora lo sabía, rodilla. Un fallo de principiante, a esas alturas. Tan obvio y tan sencillo, provocado por un exceso de confianza, porque había pensado que el riesgo aún no estaba allí, que llegaría más arriba. Esperando un peligro mayor, no había calculado bien y había sido imprudente. Pero ya nada podía hacer, nada más que intentar remediar lo ocurrido.

La mochila, bien ajustada a su espalda, lo había protegido en la caída, pero ahora casi no le permitía moverse. Se apoyó hacia atrás para tomar aliento e ir soltando las correas de los hombros, de la cintura, del pecho. Resollaba a cada movimiento. La primera cosa que buscó fue el móvil, que siempre llevaba en un bolsillo del polar. Estaba intacto pero, encerrado entre paredes de roca, no tenía cobertura. No podía avisar a nadie. Lo apagó. Se quedó tumbado, intentado calmarse, respirando profundamente. Alrededor, sólo el ruido del agua que seguía corriendo entre las rocas rompía el silencio. Aunque pudiese le-

vantarse y apoyarse en los bastones, el cortafuegos estaba lejos, no podía intentar bajar para llegar hasta él, sería inútil, sólo agravaría las cosas. El terreno era demasiado inestable y la pendiente tan acusada que, de intentarlo, acabaría despeñándose, rompiéndose algo más, partiéndose la crisma. Tenía que empezar a pensar, aunque sabía que iba a tener mucho tiempo por delante.

Esto, por supuesto, no me está ocurriendo a mí. Me veo desde fuera, como si estuviera leyendo una novela. O mejor aún, lo que hago, mis decisiones para sobrevivir, mi análisis de la situación, las opciones, los descartes, los pensamientos, son un simple juego de lógica. Nada me parece real. Ya me veo contándolo a los amigos, una aventura frente a la chimenea de un refugio, una sobremesa acabando una botella de vino. Es como leer esa novela aún no escrita, aquí tumbado en el pedregal, inmobilizado quién sabe hasta cuándo, con el tiempo avanzando despacio contra mí. Soy mi propio personaje. Y todos, incluso los personajes ficticios, tenemos un pasado sin el cual nada somos, porque sólo somos memoria. Ya me estoy convirtiendo en mi propio pasado. ¿Cómo he llega-

do hasta aquí, hasta este momento, hasta esta situación? Debo dar coherencia a este presente, para que mañana pueda ser un pasado veraz, lógico. Si sobrevivo.

Demasiada tentación, la atracción del corredor, la belleza de las primeras nieves. No había podido negarse el capricho. Sabía que podía hacerlo, sólo habrían sido unas pocas horas más. Llevaba crampones y piolet. Habría tenido tiempo de sobra para subir, bajar por la ladera oeste, volver a la ruta prevista y llegar al refugio aún con luz suficiente.

Al salir del refugio anterior había dejado dicho a dónde iba, a dónde pensaba ir, pero se había desviado más de tres kilómetros de su ruta. No era demasiado pero, como no lo echarían de menos hasta la noche, cuando no llegase al siguiente refugio, sabía que la alarma sólo saltaría cuando ya fuese tarde para iniciar la búsqueda, ya bien entrada la noche. Con suerte, empezarían a buscarlo a la mañana siguiente. Desde donde estaba no se veía la ruta de la ladera, era inútil que intentase hacerse ver. A no ser que apareciese alguien por allí, cosa bastante im-

probable, debería pasar al menos una noche al raso, no la que había imaginado, sino otra mucho peor.

Hizo recuento. Le quedaba la comida del día: un par de bocadillos, una naranja, una manzana, dos barritas energéticas y una cantimplora con un litro de agua. Sería suficiente. Agua tenía de sobra, y más o menos a mano. Aunque fuese agua de deshielo, sin muchas sales, era mejor que nada. Podría resistir. El problema sería el frío. Era ya casi mediodía y no haría más de cuatro o cinco grados, como mucho. La noche sería dura. Helaría, por supuesto. Con suerte, quizá sólo cuatro o cinco bajo cero. Si no se levantaba viento, también podría resistir. Tenía unos guantes polares, unos calcetines de repuesto y la ropa que llevaba puesta. También llevaba un cortavientos en la mochila, y una manta térmica. Los pantalones estaban mojados, pero si conseguía levantar el culo un poco, quizá se secasen del todo antes de la noche. Se repantigó como pudo, usando la mochila como apoyo. Cuando empezase a hacer más frío intentaría arroparse cuanto pudiera. No podía hacer mucho más. Sólo esperar, aguantar el dolor y procurar mantenerse entero y sereno.

Y allí estaba, solo, herido, inmovilizado, en una montaña cerca de casa pero tan lejos. Esperando. Estaba claro, esas cosas no se decidían. Ocurrían, inesperadas. No se sentía culpable pero sí sentía que había cometido otro error. Un grave error. Pero, ¿cuál?

Tengo que evitar el miedo. Llegado a este punto, cuarenta y ocho años, muy cerca ya de la cincuentena, durante los últimos tiempos he tenido que hacer un esfuerzo consciente para evitar el miedo, para evitar vivir administrando el tiempo. Como si todo lo que hiciera, lo que pudiera hacer para darle un poco más de intensidad a mis días, me pusiese siempre al borde del abismo. Y tengo que evitar dejarme atrapar, además, por la prudencia, por la sensatez que todo lo invade: de fumar y de beber ni hablar, por supuesto; come más sano y poco; haz deporte pero controlando la frecuencia cardiaca, que puede estar el infarto agazapado; fuera la velocidad, nada de correr con el coche, que además resulta caro; y no seas temerario en ningún caso, y lleva siempre el casco puesto, aunque cojas la bici para ir a comprar el pan, porque el tiempo que te ha sido concedido es escaso, se te va acabando

y tienes que administrarlo con sabiduría. Es vivir la vida como un avaro, acumulando minutos, horas, días, para un después que es sólo una insípida prolongación de este ahora, una prórroga descafeinada, light, sin sal, sin picante, sin alcohol. Es vivir un ahora dilatado en un dorado atardecer, cenar pescado hervido y verduritas, vivir una mentira placentera como autoprotección, y caminar una hora, al menos, para mantener vivo un corazón adormecido, un corazón cansado.

Como si pudiera mantener en un tiempo indefinido la farsa de una vida que se vive a sí misma, sin más. Como si aún me creyese inmortal. Antes sabía que la vida no valía nada si no tenía las agallas de hacer lo que tenía que hacer, arriesgándolo todo en cada momento, pero hace ya mucho que me aferro a una vida gestionada como una inversión, como si dentro de unos años los intereses generados por mi cobardía me permitieran vivir aún un poco más. Para nada, pero un poco más. Pero ahora ya todos sabemos de qué están hechas las bancarrotas.

Esperar era pensar, intentar no pensar, pensar sin pensar, estar quieto mirando alrededor el mismo paisaje in-

móvil durante horas, esperando e intentando no sufrir demasiado, olvidando el dolor del cuerpo, recorriendo los meandros de la memoria para intentar que el tiempo fuese, pese a todo, un aliado. Y claro, aunque al principio no lo consiguió del todo, poco a poco se fue sintiendo extrañamente tranquilo.

Buscó una posición cómoda. Tenía que intentar moverse para que no se entumecieran ni su culo ni sus piernas, pero cada pequeño movimiento del cuerpo le procuraba un dolor tremendo en la rodilla. Al menos no tendría que ponerse hielo para evitar la inflamación, con esas temperaturas, sobre todo por la noche.

El día iba pasando lento. El leve sol de invierno sólo apareció durante poco más de dos horas en el corredor. Lo recibió como un regalo inesperado. Se permitió incluso cerrar los ojos para intentar sentirlo en la cara, en el cuerpo, para relamerse con ese mínimo calor, pero duró poco su placer. Las altas paredes impusieron pronto su sombra y la temperatura empezó a descender a la vez que el viento, hasta ese momento suave brisa, iba ganando velocidad. La sensación de frío era cada vez mayor, y al oscurecer, fue cerrando todas las cremalleras, ajustán-

dose bien el gorro, buscando una postura que le hiciese sentir que podría aguantar toda la noche. Reservó la manta térmica de emergencia que siempre llevaba en la mochila –no podía dejar de ser un tipo precavido– para cuando empezase a tiritar.

Durante el verano de hace unos años, quizá para refrescarme, pero sobre todo por el deseo de volver a las montañas, a las altas montañas, compré unos cuantos libros de literatura de montaña. Enseguida descubrí la historia de Walter Bonatti en el K2, una leyenda en la historia del alpinismo. En 1955, a los veintipocos años, forjado en legendarias escaladas en los Alpes y considerado uno de los más prometedores alpinistas de su generación, fue seleccionado para la conquista del K2 en una macro-expedición oficial italiana. Cerca de la cumbre fue abandonado por dos “compañeros” y tuvo que pasar una noche a la intemperie, a casi ocho mil metros, haciendo vivac en el hielo junto a un porteador, un nativo de aquellas montañas, quien más tarde sufrió graves amputaciones. Bonatti en cambio sobrevivió ileso. Quizá por su poca confianza

en la condición humana, a partir de entonces muchas de sus grandes aventuras las acometió en solitario.

Tras leer algunos de sus libros, la figura de Bonatti se convirtió para mí en algo más que una simple referencia. No me interesaban tanto sus hazañas como su modo de vivirlas hacia adentro, en solitario. como sueño, ideal, experiencia... me gustaba además su modo de contarlas. Y, sobre todo, compartía su concepto de la integridad ética individual.

Leí algunas historias más, fascinado, sobre grandes alpinistas. Cada mañana, al levantarme, me preparaba el desayuno, me iba al patio con la bandeja y, mientras mordisqueaba una tostada, me sentaba a leer una de las aventuras en la montaña, para empezar el día. Tumbado en la hamaca, casi desnudo, sudando con un calor que se iba haciendo, ya desde bien temprano, insoportable, me perdía en las laderas heladas del Himalaya o de los Alpes, entre síntomas de congelación, tempestades y aludes que, aunque no conseguían refrescarme mucho, sí me hacían soñar. Poco a poco comencé a plantearme que, pese a haber recorrido muchas montañas desde mi juventud, nunca lo había hecho con nieve. Era, o había sido hasta en-

tonces, un montañero estival, así que una mañana me puse a buscar en internet dónde podría iniciarme en el alpinismo. Quizá fuese ya hora de descubrir la nieve y el hielo que nunca había pisado. No olvidaba, en ningún momento, que tenía una cierta edad, quizá no la más indicada para calzarme unos crampones, pero ello no impidió que mi auto-regalo de cumpleaños, el dieciocho de agosto, fuera un curso de alpinismo en Sierra Nevada. A partir de esa fecha, en que hice público en familia y con los amigos mi determinación de escalar una montaña nevada, empecé con los preparativos. Ya no me podía volver atrás.

El dolor de la rodilla se convirtió en un intenso bajo continuo. A veces, al cambiar de postura, o simplemente porque sí, había solos de violín a lo Paganini. Entonces procuraba no desgañitarse, aunque sabía que nadie lo iba a oír, para no añadir un dolor nuevo al que ya lo invadía. Tomó dos de los seis ibuprofenos que llevaba en el pequeño botiquín, había aguantado casi todo el día pero ahora tenía que intentar bajar la inflamación. La rodilla se le había hinchado, y temía que, antes o después, llegara

la fiebre. Si no la tenía ya. Aún le quedaba agua en la cantimplora, no había tenido que acercarse al torrente, cosa que, a medida que pasaba el tiempo, le parecía más difícil, aunque sólo estuviera a unos metros. Comió una naranja. El bocadillo y la barrita que le quedaban los dejaría para luego, la noche iba a ser larga, y no sabía si la única. Su perro, tras rondar un rato por los alrededores, dejando su gotita de rigor en cada piedra, marcando un absurdo territorio propio, se había sentado, la lengua fuera, cerca de él y lo miraba pensando qué hacemos aquí parados.

Ya estaba casi oscuro. La luna saldría tarde, estaba en creciente, pero era posible que no le llegase más que una ligera claridad. La tarde se había ido llenando de nubes, rápidas allá arriba, continuas y cada vez más espesas, pero no creía que llegase a llover, y menos aún a nevar y, si se mantenían, suavizarían la helada nocturna, aunque el viento lo estaba molestando cada vez más. Algunas rachas venían fuertes y levantaban gotas de agua del torrente que le llovían, pulverizadas y heladas, sobre la cara. Movi6 los dedos de los pies, los calcetines de lana parecían aguantar bien el frío, y se estaba manteniendo seco.

Pese al dolor, había conseguido ponerse de lado durante una media hora, lo suficiente para levantar bien el culo y que el viento le secase los pantalones. Por una vez, se alegró de haber comprado unos buenos. Estaba seco y bien arropado. La mochila vacía le hacía de aislante para la espalda. Había logrado arrastrarse unos dos metros hasta colocarse al amparo de una roca. El dolor lo había hecho blasfemar. Había momentos en que se le cortaba la respiración y sentía que se iba a desmayar, pero había conseguido llegar hasta la roca. Lo protegía algo del viento y lo ayudaría a pasar la noche. Por momentos lo vencía el sueño, pero tenía que intentar no dormirse, debía procurar moverse de vez en cuando, sentir todas las partes de su cuerpo, hacer que circulase la sangre, evitar la hipotermia.

Cuando preparaba una salida a la montaña, me debatía entre el miedo y el deseo. Me apetecía hacerlo solo, por muy desaconsejado que estuviera. Sabía perfectamente el riesgo aumentado que podía correr, pero formaba parte de la atracción de la montaña. No tenía por qué soportar el parloteo, el ritmo de nadie, sus manías, sus fatigas. A

solas me encontraba perfectamente, y, pensándolo bien, con muy pocas personas me apetecía compartir esa experiencia. Así que empecé a ir a la montaña solo, también en invierno. Creía haber aprendido lo suficiente en mi curso de alpinismo para, al menos, hacer pequeñas excursiones de fin semana.

No sabría decir en qué momento comencé a pensar en pasar una noche a la intemperie. Sí, una noche helada, haciendo vivac, sin tienda de campaña ni refugio ni nada, sólo el saco de dormir, *à la belle étoile*, pero con frío, con mucho frío. Por supuesto, imitando a mi admirado Bonatti, que se marchaba solo al Mont Blanc, como quien pasea por el parque, y pasaba noches y noches esperando el amanecer para iniciar una escalada de cientos de metros en la roca helada de los Alpes. Le bastaba con meter las piernas —o lo que le cabía de ellas— en la mochila de lona y arrebujarse en un chaquetón que había acolchado él mismo con trapos viejos, para pasar la noche a quince bajo cero.

Yo quería hacerlo. Al menos quería hacer algo parecido, porque no aguantaría quince bajo cero sin congelarme como un lomo de merluza y, desde luego, no creía

ser capaz de acolcharme una chaqueta. Pero sentía que una noche así me haría ver algo que hacía tanto tiempo no alcanzaba a ver, no sé muy bien qué. Siempre había soportado bien ese cierto masoquismo que implica la montaña, aunque ahora, quizá demasiado tarde, pensaba en llevarlo a extremos que nadie me aconsejaría, y a los que nadie me iba a acompañar, desde luego. El miedo que me invadía cuando preparaba las rutas, las pensaba, las planeaba en casa, desaparecía del todo en cuanto me calzaba las botas y echaba a andar. Entonces me sentía como si todo alrededor cobrase sentido de nuevo. Lejos de mi vida cotidiana, volvía a sentir que había un yo interior. Pero ¿a quién habría podido contarle que helarme hasta los huesos una noche en la montaña me haría sentirme mejor? Bueno, si no mejor, por lo menos me haría sentirme, aunque fuera tiritando.

No sabía cómo hacerlo, tenía que inventar una historia que fuese convincente en casa para poder marcharme un fin de semana, quizás diciendo que iba a un refugio con alguien más, para poder estar solo. Porque lo que me atraía además de la montaña es lo que más contraindicado está: la soledad. En todas partes te decían que de ir a

la montaña solo, nanay, pero a mí era lo que más me apetecía. Tenía que hacerlo, tenía que pasar esa prueba de fuego, esa prueba de hielo, durmiendo, en pleno invierno, en la montaña, meterme en el saco a la caída del sol y quedarme mirando las estrellas hasta el amanecer. Sólo de pensarlo me entraban escalofríos.

La rodilla se le había ido hinchando cada vez más y ya empezaba a dudar si, en estos casos, sería mejor aplicarle calor o frío. El calor iba a ser difícil conseguirlo, pero el frío estaba garantizado, así que ya estaba decidido. Los ibuprofenos no le habían hecho demasiado efecto, aún le quedaban cuatro pero decidió reservarlos para más tarde, esperar que pasaran al menos seis horas, como pone en los prospectos. Había cenado medio bocadillo, y le había sabido a poco. Con gusto lo habría comido entero, pero era mejor reservar algo para más adelante, el hambre no desaparecería. Su perro ahora se había acostado a su lado, buscando y dando algo de calor. Lo miraba comprendiendo sin comprender que se iban a quedar allí tumbados bastante rato. Le dio un trozo pequeño de pan. El perro le lamió la mano. Era raro, nunca lo hacía. Quizá lo

estaba mimando. Ese poco calor canino le vendría muy bien. Se cubrieron los dos con la manta térmica. El viento soplaba cada vez más fuerte por encima de su cabeza, pero conseguía no tiritar. Se sentía confuso, aturdido, pero ya sólo le dolía la rodilla. Mucho, sobre todo al moverse, pero tenía que hacerlo de vez en cuando para desentumecerse.

La luna se insinuó detrás de las nubes, pero sólo conseguía aparecer con nitidez durante unos instantes. Algunas estrellas también se asomaban, tímidas, entre los giros de nubes que el viento desplazaba con rapidez. Ese cielo cambiante era un espectáculo todo para él. Sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad. Entre las cosas que había sacado de la mochila, encontró la frontal. De vez en cuando, cuando se acordase, haría unas pocas señales intermitentes, no quería gastar las pilas. Quizá le hiciera falta para una segunda noche. No creía que hubieran empezado a buscarlo pero, de todos modos, era improbable que lo vieran. Y aún así, hasta que no hubiera luz, no lo podrían rescatar.

De repente me pregunto qué he estado haciendo todos estos años, a qué he dedicado mi vida, si la he dedicado a algo que no fuese el mero vivir, el mero seguir un día tras otro ahí, sin más. Sé que no es cierto, sé que ese sentido de vacío es sólo una falsa sensación, porque es difícil mirar hacia atrás, no por el vértigo de la altura, sino porque requiere un ejercicio de memoria que mi pereza rara vez consigue vencer. ¿Dónde está el cambio? ¿Por qué hoy, a esta hora, me pongo a pensar en la trascendencia de mis actos, en la continuidad de mi vida? ¿He leído un manual de autoayuda? ¿Es un rapto de espiritualidad a destiempo? ¿Simple chochez? Lo que sé, lo que siento, en cualquier caso, es que necesito saberme, no conocerme interiormente (qué asco, casquería pura), sino sentir que estoy donde quiero y haciendo lo que quiero. Creo que ha llegado el momento de un ajuste de cuentas.

Le recorre el costado una gota de sudor. Piensa en lo extraño que resulta, y que no debería olvidarla nunca, pero ya la ha olvidado. Sabe que le está subiendo la fiebre, aunque no entiende muy bien por qué. Ha conseguido mantenerse seco y abrigado. Arrebujado en la térmica,

no tiembla ni tiritita, mueve bien los dedos de los pies y tiene las manos relativamente calientes. Sólo la nariz y los pómulos están helados. Se los frota de vez en cuando. Puede resistir esa noche, aunque resulte tan larga. El cielo sigue jugando con la luz de la luna. El perro se ha dormido en su regazo y ronronea, feliz. Por unos instantes, él también se siente extrañamente feliz. Es su noche de hielo.

La montaña es dura, muy dura. Para empezar, está siempre cuesta arriba. Luego cuesta abajo, sí, pero primero ¡ah! primero es cuesta arriba, y cuesta, cuesta mucho subir una gran montaña. Y aunque para muchos sea incomprendible, eso es lo realmente hermoso. Subir.

Aparte de lo obvio –las inclinaciones, los desniveles–, hay muchas otras cosas para definir la dureza de la montaña. Básicamente son el frío, el calor, el hambre, la sed, el cansancio, las ampollas en los pies, las agujetas, la desorientación total, el peso creciente de una mochila a la espalda, la dureza del suelo para dormir, tener que encorvarse para entrar en una tienda de campaña en la que ape-

nas se cabe y que malamente te protege, los insectos, algunos acompañantes y las vacas.

Lo que más odio en este mundo es pisar una mierda de vaca. Fresca. ¡Puaj! Cuando llevo botas de montaña es casi soportable, depende de si las botas son nuevas y me han costado un dineral. Entonces blasfemo como sólo yo sé hacerlo (cuestión de fantasía con el santoral). Si las botas son viejas, el cabreo es relativamente menor, pero siempre grande.

Ese odio deriva de una historia ahora ya vieja de años, pero que me ha provocado pesadillas recurrentes durante toda mi vida. No sabría decir si aún me las produce, porque ya no recuerdo mucho lo que sueño, ni lo que vivo despierto, bueno o malo que sea. Es una historia que he contado mil veces, que mis amigos conocen y que a veces me piden que vuelva a contar, supongo que les hará gracia la cara que pongo, con la poca que me sigue haciendo a mí.

Tras unas quince o veinte horas de viaje en un autobús destartado y atestado como sólo lo pueden estar en la India, al bajarme, harto y entumecido, de noche, casi a oscuras, pisé una monumental mierda de vaca. Fresca.

Fresquísima. Me dejé la chancla dentro. En la estación de autobuses de Kota, las cientos de personas que dormían tiradas por los suelos, entre mierdas de vaca, claro, aún deben de recordar al occidental aquel que aullaba una noche de agosto, sin motivo aparente, una serie de mantras satánicos que ponían la piel de gallina.

De ahí me viene el odio a las bostas de vaca, a las vacas y al mundo bovino en general, así que no es de extrañar que, cuando en la montaña veo una vaca, empiecen a chirriarme los dientes. Una vez, al llegar a unos prados altos, a casi tres mil metros –metros que habíamos subido andandito, despacio despacito, con unos mochilones considerables– estábamos llegando casi sin resuello, como digo, a los prados, soñando con un poquito de hierba en horizontal para tumbarnos agónicos, cuando una vaca empezó a piafar, si es que las vacas piafan, es decir, a mover las patas delanteras en clara actitud hostil hacia mi persona y la de mi compañera. Intentamos correr, pero cargados como mulos y con aquella pendiente, parecía que lo hiciésemos como en las pesadillas, sin desplazarnos apenas. Nuestros ridículos movimientos debieron de dar pena al bicho que, en vez de embestir, se dio la vuelta y se

tumbó, menos mal, dejándonos tranquilos con nuestro inminente infarto. En cuanto veo vacas me entran ganas de matricularme en una escuela de tauromaquia. Son otro de los inconvenientes de las montañas: uno sueña con lobos, osos, leopardos de las nieves, yetis, esas bestias que, a veces agresivas, te desgarran la tienda y se comen hasta los crampones o, angelicales, te sacan de una grieta en el hielo. Pero no, los animales más frecuentes y molestos, aparte de nosotros, son las vacas. Y sus cacas.

Sabía que era diferente pensar en el frío posible, el frío imaginado, a sentir el frío real que lo estaba atenazando, minuto a minuto. Arrebujado en la ropa, abrazado a su perro, intentando cerrar cualquier resquicio de la manta térmica, el gorro calado hasta las cejas, los primeros temblores se anunciaban ya en sus manos y en su espalda. No, sabía que no se helaría, que podría sobrevivir esa noche, pero también que iba a resultar insoportablemente larga. Además, empezaba sospechar que el frío no era del todo real, que podría ser la fiebre quien le produjese los escalofríos, que quizá más adelante se pusiese a sudar. Pese a lo doloroso que resultaba, tenía que mantenerse des-

pierto, controlar su mente, dos ibuprofenos más y a seguir buscando estrellas entre las nubes.

Uno sólo se vive a sí mismo. Todo lo que hayan hecho los demás es una referencia, un cuento, una leyenda, que te puede ayudar y enseñar, motivar y fascinar, pero que nunca te puede servir como experiencia. Sólo el propio placer, el propio dolor, son los que cuentan. No hay grados, y las comparaciones sobran. Cada uno tiene su montaña, su selva, su mar. Su exploración. Su aventura. Las de los demás no importan, o importan sólo en la medida en que te hacen añorar tu propia vida. Que tu propia vida sea también digna de ser contada. O mejor, que tú seas digno de contarte tu propia vida. Porque todo va en relación con uno mismo, que es la medida de su propio desafío.

Hay algo nuevo en mí. O algo olvidado que resurge. Algo que me empuja, una enorme curiosidad que me hace seguir siempre buscando, el instinto de mirar detrás de esa colina, de ver a dónde llega ese camino, de saber dónde nace ese río. Porque sí. Porque está ahí, respondió Mallory a quienes no entendían por qué quería subir al

Everest, porque está ahí, sí, y también porque yo estoy aquí, habría podido añadir. Porque soy hombre y he de ir más allá de donde nadie ha llegado nunca, sí, pero sobre todo, más allá de donde nunca he llegado yo.

No hay promesas, sólo sentir renacer la juventud perdida en los viejos y cansados huesos, sentir correr de nuevo la vida en la sangre. El futuro incierto de la vejez que se anuncia cobra sentido a través del esfuerzo y la superación. No he llegado hasta aquí para dejarme caer, he de ver más allá de las viejas columnas de Hércules, pasar el resto de mis días como un hombre. Tras un viaje tan largo, no me voy a parar aquí, el miedo no me ha de derrotar y, aunque encuentre la muerte, merecerá la pena. Quiero conocer. No fui creado para vivir como un bruto, sino para seguir "virtute e canoscenza".

Extrañas motivaciones, pedantes y exageradas, para un excursionista en plena crisis de madurez que, en vez de una Harley, se compra unos crampones y un piolet. Desde luego, resulta más económico el alpinismo. Aunque no tanto. Pero hay muchos modos de ver las cosas, y sobre todo, muchos más también de no verlas. O de no verlas venir.

Es extraño componer un *haiku* mientras te congelas. Recuerdo el que compuse al sol del Pirineo, la felicidad de esa tarde. *Tumbado en la hierba, la nube desaparece en el azul.*

La montaña es hermosa. Vamos subiendo un valle por entre pinos y enormes, odiosas, bostas de vaca, secas y frescas, para todos los gustos. Se oyen cencerros y, de vez en cuando, los mugidos de vacas que presumo enormes. Ayer las niñas pudieron acariciar unos becerros, no sin cierto miedo. Yo no me acerqué demasiado. Sus madres miraban indiferentes, pero la mirada de las vacas no es nunca muy expresiva, ni siquiera cuando topan. Dejamos las vacas de lado y nos concentramos en la senda, que se hace cada vez más empinada.

Las laderas a las que nos dirigimos siguen blancas de nieve, aunque estemos a finales de julio. Cuando ayer montábamos la tienda, a mediodía, la temperatura empezó a descender, obligándonos a sacar los polares, y la fina lluvia, que no nos abandonó en toda la tarde, era nieve en la cumbre del Poset. La espectacular imagen de las montañas al anochecer, una auténtica postal alpina, me hizo pensar que quizá sería mejor no subir.

El frío de ayer y de esta mañana va desapareciendo al abandonar el valle y al apretar el calor del sol. Aun así, sudamos todavía poco. Nunca hemos subido tan arriba en familia, a más de dos mil quinientos metros.

Dejamos la hierba y los árboles y ya todo es roca. La ligera neblina difumina los perfiles y los colores se suavizan, la vista del valle parece un falso decorado, un cuadro al pastel. Estamos muy arriba, pienso mientras me miro las botas, y después a las niñas, que no parecen muy cansadas. Pensar que hemos subido toda esa altura, y lo que nos queda. Aun no lo sé, pero hemos de pasar algún helero, tocar y pisar nieve.

Arriba ya, en el ibón, me baño en el agua del deshielo. Son sólo cinco segundos, los suficientes para tirarme al agua, nadar lo justo para dar la vuelta y salir morado. Se ríen de mí, de mi prisa en salir.

Al bajar, se me queda la rodilla bloqueada, y durante algunos cientos de metros, bajo pensando que no voy a poder llegar así, que algo se me va a romper y tendrán que subir a rescatarme en helicóptero, pero en una parada del camino de herradura, mientras espero a Nora que hace

fotos de todas las flores que encuentra, la rodilla hace croc y se desbloquea. Respiro hondo.

Tengo que hacer algo con este menisco, pienso mirando las nubes. Son pequeñas, apenas leves girones que se deshacen en el azul cuando ganan altura. Estamos tumbados en la hierba, echando una siesta a mitad de camino. Intento componer un *haiku*, pero no llego a contar bien las sílabas, mientras me voy adormeciendo. *Tumbado en la hierba, la nube desaparece en el azul.* A Nora se le para una mariposa en la mano. La acompañará durante el resto del camino, no puede volar. Intento convencerla para que la deje al sol, quizá se le sequen las alas, pero unos cientos de metros más abajo Nora se deja llevar por la congoja y hemos de volver a buscarla. La mariposa bajará con nosotros a la tienda y al día siguiente conseguirá volver a volar.

Pese a todos sus esfuerzos, al final se había dormido. El amanecer lo despierta más con sus olores, con ese olor que él llama olor a sueño, que con la luz tenue que va dando matices al gris. Se despierta y es de nuevo, sin querer, niño.

Tenía que salir de puntillas por el largo pasillo de mi casa para que mi madre no me oyera, aunque ahora estoy seguro de que me oía perfectamente, pero se quedaba callada en la cama. Al principio, cuando le pedía permiso para ir a la montaña, siempre me decía que no. Pero mi madre solía decir que no a todo y eso me obligaba a hacer lo que quisiera a escondidas. Era vivir en la clandestinidad en mi propia familia. De esa manera, mi madre me hacía responsable absoluto de mis actos, que ella siempre prohibía, o a los que al menos no otorgaba su expreso consentimiento.

Cargado con una vieja mochila de lona verde, al pasar por la despensa cogía un trozo de pan, alguna lata de atún, unas manzanas. Con las botas en la mano, abría despacio la puerta de la escalera, que siempre chirriaba por mucho que la hubiese engrasado la tarde anterior. Bajaba las escaleras corriendo y salía pitando calle arriba, esperando oír la voz de mi madre gritando a dónde vas, vuelve ahora mismo. Pero nunca ocurría y yo me sentía ya libre, esos amaneceres de domingo, para pasar todo el día caminando por las montañas que rodean mi pueblo.

Hay una foto de uno de esos domingos. No sé muy bien qué edad puedo tener, trece o catorce años como mucho. Llevo una camisa de cuadros de mi hermano y unos vaqueros. Estoy en la cima de una montaña saltando para que en la foto no se vea el suelo, sólo el horizonte, y parezca que vuelo. Una foto inocente que refleja una enorme felicidad, la misma que siempre sentía cuando subía una montaña.

Se acercan unas voces, aún lejanas, no consigue ver a nadie, pero sabe que ya están aquí, que han venido a por él, que lo han encontrado. Y por supuesto, se alegra. Pero también siente tristeza porque sabe que ahora todo se convierte en una narración. En un cuento de abuelito al amor de la lumbre. Y él quiere vivir. Quiere vivir el azar, quiere vivir la libertad. Quiere ser siempre presente. Busca en la mochila el medio bocadillo que al final no se había comido y se lo da a su perro. Nos vamos, le dice. Se acabó por hoy.